

MAX JACOB

AQUELLAS tardes oscuras de mi primer invierno en París, se hizo costumbre pasarlas en el estudio de Ricardo Canals, dos casas más arriba de mi hotel.

Su esposa, Benedetta, posaba para un retrato que mandaría al Salón de Otoño, recién inaugurado; allí conocí al escultor Paco Durrio, que también era visita diaria. Una tarde fui presentado al renovador de la poesía francesa, entonces muy joven, Max Jacob, de pequeña estatura, cara redonda y ojos azules muy claros. Me habló en términos muy fervorosos de Pablo Picasso, su gran amigo, con quien compartía una vida turbulenta en Montmartre, plaza Ravignan, donde tenía su modesto estudio. Frecuentaban el Moulin-Rouge, el Casino de París, el cabaret de "Le Lapin Agile", los "music-halls" entonces a la moda. En esa época Max Jacob hacía crítica de Arte en alguna revista literaria.

Picasso pintaba su retrato sentado en el suelo, rodeado de sus libros y estampas de Epinal.

poesías de Verlaine. Los poetas recitaban o cantaban sus poemas, obteniendo de este modo sus primeros éxitos. Modigliani vivía muy cerca, en un taller miserable; ¡cuántas veces fuimos Max Jacob y Juan Gris a visitarle, encontrándolo tallando la piedra de sus esculturas, hoy en las grandes colecciones y museos! Max fué el camarada "devoué", el amigo entrañable de los artistas de la extrema vanguardia de aquella época, toda una generación de artistas de la época heroica del cubismo al estallido de la guerra del 14; yo vivía en el "cartier" San Germán. Hacía un año que dejé Montmartre, y no volví a verle hasta el año 23, que vino a Madrid invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes, siendo director mi buen amigo Jiménez Frau, quien le invitó para dos conferencias. Los dos fuimos a esperarle a la estación del Norte y alojado en casa del director durante los cinco o seis días que pasó en Madrid, acompañándole en todas las visitas obligadas, Museos, Bibliotecas y

lugares turísticos, Toledo, Escorial, Avila. Lo que más le impresionó fué Toledo y el Prado. Me regaló un pequeño croquis de Toledo hecho a pluma, con algunos grises sirviéndose de la ceniza del cigarrillo. Hizo otros dibujos para Jiménez y Eugenio d'Ors. Aquel día pinté la cabeza que acompaña estos recuerdos y un dibujo de la figura entera para servirme cuando pintara el retrato sentado.

Cuando viene a Madrid ya era convertido al Catolicismo y se hace monje benedictino, viviendo algunos años en un monasterio de la Orden de San Benoi, pero un terrible destino le rondaba, como a otros amigos, Montmartrois, muertos en un campo de concentración nazi, parte de una generación que formaron la vanguardia artística, poseídos del mismo aliento renovador.

La nueva escuela literaria tiene en Max Jacob uno de sus representantes más caracterizados.

Su doctrina poética declara caduca y falsa la estética anterior, en contra de la sinceridad de la nueva estética.

Perteneció algún tiempo a la "Nouvelle Revue Française". Gran temperamento renovador, mezcla de humorista y de místico. Guillermo de Torres hace una traducción en 1924 de su libro "El cubilete de dados". Otros libros, "El hombre de carne" y "El hombre reflejo". Su conferencia en Madrid fué "El verdadero sentido de la religión Católica".

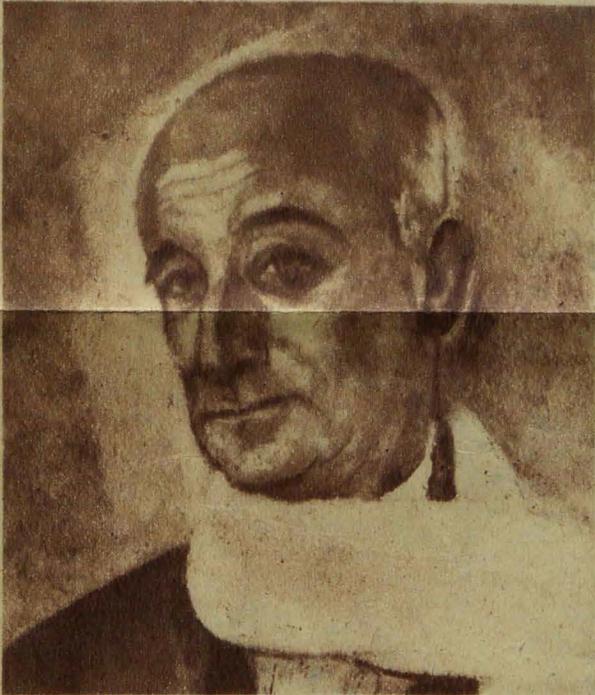
También hizo pintura; uno de sus cuadros más importante es "Cristo crucificado" y un ríño que se postra a los pies.

En sus cuadros de figura, sobre todo cuando pinta desnudos de mujer, incurre —según la crítica— en omisiones sorprendentes, no se sabe si por pudor o por ignorancia.

Ilustró con dibujos suyos originales algunos de sus libros, "Visión de los sufrimientos de la muerte de Jesús" y "Visiones infernales", hacia 1920.

Hacia nacido en Bretaña, de familia judía, adquiriendo pronto gran renombre en las letras francesas.

VAZQUEZ DIAZ



Retrato del poeta Max Jacob, pintado por Vázquez Díaz, en la Residencia de estudiantes, el año 23, cuando vino a Madrid invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias.

Quiso presentarme a Pablo, pero ya se habían adelantado en el mismo empeño Canals y Paco Durrio. Me dijo que le había regalado un grabado de Durero que Picasso conservaba con gran cariño. Así las estampas de Epinal y litografías de Daumier. Era empleado de comercio cuando vivía en el boulevard Voltaire, en una pequeña chambre que compartía con Picasso, días que él mismo dice fueron de miseria "noir".

Cuando dejó su empleo se inicia su gusto por la poesía, y sus poemas en prosa fueron impresos y estimados. "¡Qué lejos —dice— estaba yo de considerarme poeta!" También escribía cuentos para los niños; no quiso más ningún empleo, viviendo dentro de la mayor miseria, compartiendo sus luchas y sus esperanzas con Appollinaire, Salmón Raynal, Derain, un actor, Colin, que declamaba versos de Victor Hugo. Muchas noches nos encontrábamos en el cabaret "Le Lapin Agile", casa Frederic, que nos cantaba canciones compuestas de las